

de la Merced y en consecuencia se portó como un jefe cobarde que es lo que dice Orta.

Santa Anna esperó á que sólo hubiese un puñado de franceses *setenta ú ochenta* en el muelle, para atacarlos con *trescientos*, los que al primer disparo de cañón, se desordenaron y como dice Lerdo de Tejada *ya no pensaron más en ir sobre el enemigo* conformándose con tirotearlo detrás de una muralla. Esto nada tiene de heroico ni de valiente y con justicia Orta lo califica de cobarde.

Los historiadores citados están de acuerdo y nunca hubo militar que lo contradijera, que no hubo tal carga á la bayoneta y que el cañón que dispararon los franceses era mexicano, encontrado por ellos en la calle de San Agustín. Luego Orta, tiene razón en calificar á Santa Anna de impostor.

Por último, en conjunto los hechos, tales como los relatan Lerdo de Tejada, Zamacois y Ribera, significan no una brillante victoria, sino una vergonzosa sorpresa, por la que 1500 franceses, toman casi sin resistencia todos los fuertes y fortificaciones de una plaza, clavan sus cañones y destruyen el montaje, la desarman y hacen huir á su guarnición excepto á los que se refugian en el cuartel de la Merced, y hacen prisionero al general segundo en jefe Arista. Razón tiene Orta en decir que decretando el Congreso honores, ascensos y recompensas por tanta ineptitud y cobardía; las naciones extran-

teras nos declaran pueblo imbecil que no sabe distinguir el heroísmo de la indignidad.

*
**

No se necesita de historiadores, ni de testigos presenciales, y actores el 5 de Diciembre en Veracruz, para irritarse ó reírse del parte oficial de Santa Anna, que le devolvió su rango en la *napoleonería* de los grandes capitanes y en la cúspide del patriotismo. El parte de Santa Anna hace desde luego el efecto del de un hombre herido que sabiendo ya que no corre peligro su vida, finge creer que está á orillas de la tumba, para que sus palabras adquieran tono elevado de verdad, solemnidad y positivo valor. El estilo del parte no es el de un héroe, ni el de un valiente, ni siquiera el de un hombre que ha cumplido *cuarenta años de edad*; es el género de *Flor de un Día* y *la Dama de las Camelias* sin el talento de Campoamor y Dumas. Pero dejando á un lado el estilo que tanto conmovió y en que casi Santa Anna, dice á los mexicanos enternecidos: « *Si oís contar de un naufrago la historia...* » vamos al grano vacío y podrido del parte de la victoria del 5 de Diciembre.

Santa Anna después de confesar que fué sorprendido como toda su guarnición, tan completamente como en San Jacinto por los texanos, lo que in-

dica que teniendo la especialidad de dejarse sorprender, todo podía ser menos militar; relata que rechazó la invasión sin poder negar que el enemigo tomó todos los fuertes y destruyó la artillería. Al público no se le ocurrió informarse cómo puede ser rechazada una invasión después de haber sido consumada: una doncella es sorprendida dormida y violada por un bandido. El padre ó hermano, ó defensor cualquiera de la doncella aún cuando lograra matar al bandido violador nunca tendría derecho de decir: rechazé la violación. Santa Anna después de que los franceses hicieron en Veracruz, lo que se habían propuesto, conforme á la orden del día anterior, firmada por su jefe, tenían consumada la invasión puesto que ya se retiraban, luego es ridículo que Santa Anna pretenda haber rechazado lo consumado, que él mismo no niega ni puede negar.

¿Cómo rechazó Santa Anna la invasión según su parte? En el muelle, es decir fuera de las puertas de la ciudad. ¿Cómo es posible rechazar á una banda de ladrones, fuera de la casa que acaban de robar y cuando ya se retiran?

Pero lo más ridículo é inverosímil es que los obligó á embarcarse con una carga á la bayoneta. Las cargas á la bayoneta sirven para matar, herir, hacer prisioneros ó arrojar al agua á los que no tienen más retirada que el mar, aun cuando en ese

mar tengan embarcaciones. Es imposible que una tropa pueda embarcarse bajo la acción de una carga á la bayoneta; apenas un número insignificante lograría hacerlo, pero la gran mayoría tendría que morir por las bayonetas, por arrojarse al mar ó quedar prisionera. Sólo la noticia de que se habían reembarcado los franceses bajo la acción de una carga á la bayoneta, bastaba á los mexicanos para decir: el traidor de Texas miente.

Federico el Grande, fué el inventor de la bayoneta y decía: es una arma que sólo pueden manejar mis granaderos porque no está hecha para tropas que sólo sean buenas (1). Napoleón I decía: sólo á soldados de primer orden se les puede ordenar una carga á la bayoneta contra soldados de igual calidad. » « La infantería conquista su puesto más elevado cuando es capaz de usar de sus bayonetas (2). »

En el parte oficial de Gaona y del general Rincón, se dice que la fortaleza de Ulúa, tenía que ser débilmente defendida porque los soldados casi todos eran bisoños que no conocían el manejo de su arma. Sólo un Santa Anna puede tener el atrevimiento de burlarse de los mexicanos noticiándoles que soldados bisoños han dado una triunfante carga á la

(1) *L'art de la guerre*, traducido del general Van der Goltz, pág. 36.

(2) Decker, *l'Infanterie*, pág. 14. traducción del alemán.

bayoneta, á tropas viejas, aguerridas, de primera calidad, especialistas en el manejo de la bayoneta y justamente reputadas en aquella época como las primeras del mundo. Esto nunca ha sucedido, la historia de la guerra desde que hay bayonetas, no consigna un solo caso de carga triunfante de reclutas que no saben manejar las bayonetas á tropas de primer orden.

¿Y quiénes eran esos soldados bisoños? Los capitulados de San Juan de Ulúa, que según el considerando 4º de la « *acta de la Junta de Guerra* » que decidió la capitulación, no estaban en estado de cumplir con los deberes que les imponía el honor y la ley militar, por el notable decaimiento en que se encontraba su espíritu.

¿Y esos soldados desmoralizados que rehusan batirse detrás de fortificaciones y en número de 300, son los que dan una carga triunfante á la bayoneta á sus 1500 vencedores de la víspera?

Una carga á la bayoneta es siempre sangrienta y una carga triunfante dada contra soldados que no tienen más retirada que el mar, produce gran captura de prisioneros y deja en el campo gran número de muertos y heridos. Santa Anna no explica, porque no quedó en su campo de victoria ni un solo francés muerto, herido ó prisionero. ¡Carga de bayoneta original verdaderamente!

Hay un hecho que prueba que Santa Anna no

se atrevió con sus trescientos hombres á atacar á los franceses en el muelle hasta que sólo allí quedaban por embarcar setenta ú ochenta hombres, y es que los franceses tuvieron tiempo para embarcar sesenta heridos que habían tenido en conjunto al atacar la casa de Santa Anna, los fuertes y el cuartel de la Merced. Recoger sesenta heridos diseminados en diversos puntos de una ciudad y embarcarlos es operación que no puede ser violenta é imposible de efectuar bajo una carga á la bayoneta.

Pero aun suponiendo que lo de la carga hubiera sido cierto respecto de los 70 ú 80 que quedaban por embarcar cuando apareció Santa Anna al frente de los 300, supongamos que los 80 mueren. ¿Es esto triunfo? 1,500 hombres desembarcan en una ciudad, la sorprenden, hacen prisionero al segundo en jefe y á varios oficiales, toman todos los fuertes, los desarman y al retirarse voluntariamente el enemigo alcanza á un resto de 80 hombres y los extermina. ¿Quién ha obtenido la victoria? Indudablemente los 1500 asaltantes.

Pero lo más original es que Santa Anna había sido aclamado como el salvador de la patria cuando las galerías del Congreso escucharon que el gobierno le había confiado la defensa de Veracruz y es curioso que Santa Anna *triunfe* y *desocupe* la plaza que el gobierno le había ordenado defender; perdiendo toda su artillería y dejando á Veracruz

á discreción del enemigo. ¿Era esto cumplir con la orden que le habían dado? ¿Triunfar del enemigo es abandonarle un punto que se tiene obligación de defender? Zamacois sorprendido nos dice sobre este asunto :

« Todos al leer el parte recibido, llegaban á persuadirse que había obtenido (Santa Anna) una importante victoria sobre el enemigo, y nadie se fijaba en aquellos momentos de entusiasmo, inspirado por la lectura conmovedora, en la consideración de que era verdaderamente extraño haber permanecido en la plaza antes de que fuera atacada, y haberla abandonado después de asegurar que habían sido rechazados los contrarios á los cuales se les debía suponer más temerosos de emprender un nuevo desembarco (1). »

Esta credulidad que espanta y entristece y que aseguraba en el extranjero la burla para nuestras victorias y en el país el triunfo de un cobarde, dispuesto á tiranizar al pueblo que es organismo civil, en virtud de las frases que dijo temblando á Houston « *Yo aborrezco á los civiles* » no tenía origen en la ofuscación disculpable que produce un ardiente patriotismo; porque si hubiese habido patriotismo, Santa Anna hubiera sido hecho pedazos al presentarse cínicamente en el país que

(1) Zamacois, *Historia de México*.

tanto había ultrajado y no hubiera sido cobarde ante los franceses, como lo fué ante los voluntarios norteamericanos. Si hubiera habido patriotismo se hubieran encontrado los \$ 150,000 que no pudieron dar en cinco meses los siete millones y medio de los habitantes para poner bajo un pie imponente las fortificaciones de Ulúa y Veracruz como lo ofrecía el general Rincón. Si hubiera habido patriotismo no hubieran ido á defender la patria, como soldados rasos y á fuerza, los tahúres, los vagabundos, los asesinos cogidos de leva y llevados en cuerda al terreno del honor, sino que se hubieran presentado voluntariamente á morir ó vencer, los honrados, los virtuosos, los industriosos, los jóvenes entusiastas, los viejos venerables, las mujeres heroicas. Si hubiera habido patriotismo no se hubiera abandonado la guerra de Texas en que se jugaba el más rico territorio de la república, la verdadera dignidad nacional y el porvenir completo de toda la patria; por negarse á pagar deudas justas, por negarse á hacer justicia, por no entender que no hay soberanías absolutas de naciones que puedan cometer atentados bárbaros contra los extranjeros; porque contra una soberanía absoluta, la civilización ha inventado la fuerza absoluta.

Si hubiera habido patriotismo no se hubiera decretado el sacrificio frío, seco, horrendo de Vera-

cruz, bombardeado por quinientos cañones, mientras los patriotas se quedaban en México á esperar las bombas de la escuadra, en las calles de Plateiros. Y si Veracruz, la única ciudad que manifestó espíritu público, que entregó dinero, víveres, aliento, verdadero entusiasmo y 580 voluntarios no fué reducida á escombros mientras los partidarios de la guerra tenían miedo al vómito, á los mosquitos, á los alacranes y á otros azotes que con arrogancia despreciaban los franceses; fué por la generosidad del contraalmirante, por el espíritu francés caballeresco, por la humanitaria y valiente decisión de desarmar la ciudad sin hacerla polvo. El partido santanista había resuelto con tal de levantar de nuevo á su hombre darle por pedestal de su lúgubre grandeza las ruinas de Veracruz, con la certidumbre de que al enemigo no se le podía causar ya ni el más leve rasguño en ninguno de sus barcos, ni el más leve mal á ninguno de sus hombres.

No, no era el patriotismo la causa eficiente de una credulidad pública que aterra, porque si al cobarde se le rendía homenaje como á héroe, cuando volviera á tiranizar tenía que creérsele benemérito y divino. La credulidad era efecto de la vanidad que tantos males nos había causado y que mayores debió causarnos. La independencia nos hizo romper con los españoles, ¡muera todo lo español!

fué el grito patriótico; pero quedamos con su justo é inconmensurable orgullo militar. Como hijos de españoles hemos arrebatado por testamento falso toda la herencia de las glorias militares de España. Creemos que somos nosotros los dominadores del mundo en el siglo XVI, los que estuvimos á punto después de Pavía de reconstituir el imperio de Carlo Magno; creemos ser los dueños de Flandes, de la mitad de Italia, los conquistadores en Asia, África y América: sin pensar en que las glorias españolas no pueden ser nuestras desde que dejamos de ser españoles y al constituir una nación mexicana hay el deber de constituir glorias mexicanas. La independencia nos desheredó de las glorias militares españolas y nos impuso el deber de crearlas. Las glorias españolas no pueden ser ya glorias mexicanas, esto es absurdo.

Es frecuente este razonamiento en los discursos cívicos que tanto mal causan á la moral pública y sobre todo á la historia. España venció á Napoleón I, nosotros vencimos á España, luego militarmente valemos un grado más que España y dos más que Napoleón. Esto es simplemente estúpido. En primer lugar España no ha vencido militarmente á Napoleón, muy pocas son las batallas ganadas por los españoles á Napoleón y son muchas las derrotas que el ejército francés ocasionó al ejército español. Napoleón tenía que luchar con-

tra toda Europa y no pudo concentrar sus elementos sobre España. España venció á una parte del ejército de Napoleón por la guerra irregular, de guerrillas, nunca por la guerra regular militar. Napoleón I, ni fué, ni pretendió nunca ser guerrillero. El duque de Wellington venció á Napoleón I frente á frente y militarmente en Waterloo, esto nunca lo hizo ningún militar español.

No se entiende por potencia militar la que puede pelear y vencer por una lucha incesante de guerrillas que tienen por principio hacer la guerra casi sin combate, mientras que la guerra militar tiene por objeto exclusivo combatir. La vanidad nacional de 1838, se empeñaba en creer y sostener que éramos una gran potencia militar, capaz de batirnos con la seguridad de triunfar á número igual, con los primeros soldados del mundo.

Nunca derrotamos á la mayoría del ejército de España en la guerra de independencia. Nunca la colonia Nueva España luchó sola con toda la potencia militar de la metrópoli que por otra parte no era la misma que la que tuvo durante todo el siglo XVI. Hemos luchado contra un gigante militar en la guerra de independencia cuando ya este gigante estaba viejo, decadente, pobre, maltratado, humillado, desalentado, entristecido bajo su rey Fernando VII. Todavía más, no hemos luchado contra toda la fuerza de ese coloso casi agoni-

zante, sino contra una parte pequeña de su fuerza, 20,000 soldados españoles odiados por seis millones de colonos y sin recibir un centavo de su país, han sostenido diez años de insurrección y al fin la dominaron. La independencia fué consumada por el partido español y el partido insurgente tuvo que conformarse con el príncipe español estipulado en el plan de Iguala.

La insurrección de las colonias españolas se inició y desarrolló cuando España luchaba contra Napoleón I y esa lucha agotó sus hombres y sus recursos y después España agotada y á dos mil leguas de distancia, sostuvo siempre la guerra con actitud valiente contra todas sus colonias americanas continentales. Supongamos que ocho ó diez muchachos toman cada uno un garrote y atacan á un viejo valiente, resuelto, que acepta el combate. El viejo cae vencido. ¿Quién de los ocho muchachos tiene el derecho de decir yo solo he vencido á ese viejo? Ninguno, y menos para jactarse de haber vencido al viejo cuando fué joven, sano, vigoroso, dominador y heroico.

♦♦

Es inútil decir que el partido santanista dominante en el Congreso en Diciembre de 1838 y en 1839 colmó de honores, condecoraciones, diplo-

mas, cintas, placas, pensiones y ascensos á Santa Anna y á la legión de cobardes que el 5 de Diciembre en vez de batirse permanecieron en el *Matadero*, para después prescindir de atacar á 70 ú 80 franceses debido al cañonazo único que éstos dispararon en el muelle.

CAPÍTULO VII

LA PAZ.

Sorprendente fué que después del bombardeo y toma de Ulúa por las fuerzas navales de Francia, el Congreso mexicano hubiera declarado la guerra á Francia ¿Qué objeto tuvo semejante contrasentido? ¿Se quiso hacer aparecer el ataque de San Juan de Ulúa como imprevisto, alevoso, completa obra de felonía? Si tal propósito hubo fué tan malévolo como insensato. Todas las naciones civilizadas habían recibido notificación del bloqueo de parte del gobierno francés y era imposible que siete meses de bloqueo no hubieran hecho entender al gobierno mexicano que Francia le era hostil.

Por otra parte, tampoco podía sostenerse que el bloqueo había sido acto de felonía porque en el *ultimátum* de Marzo de 1838, presentado al gobierno mexicano por el barón Deffaudis, este diplomático dió de plazo hasta el 15 de Abril próximo para que nuestro gobierno le contestara satisfactoriamente y de no hacerlo así el bloqueo tendría lugar.

El decreto del Congreso declarando la guerra á